

Atenea



REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VI — Santiago, Octubre de 1929 — Núm. 58

Paul Schostakowsky

EL BOLCHEVISMO RUSO A TRAVES DE LA INFORMACION ESPAÑOLA

Madrid, Septiembre de 1929.

ANTES de que estallase la revolución bolchevista, la curiosidad que los españoles demostraban para conocer a los rusos y, viceversa, los rusos para conocer a los españoles, era muy escasa. Separados por el espacio y por la ausencia de cualquier interés común, sea político, sea económico, las dos naciones se miraban de lejos con una simpatía indiferente. Los rusos cultos conocían España únicamente a través de don Quijote y de Carmen; es decir, a través de dos visiones: la «España Universal», inmortalizada por el genio de Cervantes, y la «España del siglo XIX», reflejada por los esfuerzos unidos de Merimée y de Bizet.

Menos favorecidos que sus colegas rusos, los intelectuales españoles carecían de elementos equivalentes a los aludidos para hacerse una idea de Rusia, siquiera fantástica—como la

que tenían de España los rusos—, pero con cierto matiz y sabor de realidad.

Nada de extraño, entonces, que Rusia siguiera siendo para los españoles un país lejano y enigmático, cuando llegó la época del florecimiento de las artes rusas, época que por la ley de la lógica político-económica coincidió con el gran desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio ruso; época que marcó, por paradoja histórica, el reinado del último Romanov; cuando vías de hierro unieron el Pacífico al Báltico; cuando se establecieron comunicaciones ferroviarias entre las áridas estepas del Asia Central y las riberas heladas del Océano Glacial; cuando se duplicó el número de establecimientos industriales; cuando en Siberia se crearon potentísimas cooperativas agrícolas y la exportación del grano pasó de diez millones de toneladas anuales; en una palabra, cuando se forjaba el capital que durante años alimentó y continúa alimentando a la revolución bolchevista.

Durante ese período las artes rusas revolucionaron el mundo teatral y obligaron el universo a fijar sus miradas en Rusia. Un hombre culto no podía permitirse el lujo de desconocer las formas teatrales, las artes plásticas, la música y la literatura rusas. Sin embargo España, por falta de vínculos directos con Rusia, tenía que satisfacer su curiosidad a través de los comentarios de la prensa y de la literatura extranjera, principalmente francesa. Pero si las fuentes de información forastera podían contentar a los intelectuales españoles mientras se trataba del dominio de las artes, la situación cambió radicalmente, cuando la revolución bolchevista puso ante el mundo problemas ideológicos de gravedad excepcional. Los españoles no podían resignarse a seguir sacando sus informaciones de las fuentes extranjeras, cuya imparcialidad, políticamente, podía ser sospechada. Entonces empezó en España un movimiento, que concluyó con el descubrimiento de Rusia.

* * *

Menospreciando los esfuerzos que hacían otras naciones para aclarar el enigma ruso, los españoles emprendieron un estudio personal del país de los soviets. Visitar la U. R. S. S. vino a ser cosa de gran moda entre sus intelectuales. Algo como la caza mayor entre los ingleses. No todos los viajeros que se aventuraron hasta Moscú eran periodistas o escritores, pero todos escribieron sobre Rusia o comunicaron sus impresiones a los redactores de los diarios, de manera que hoy día, además

de la amplia información diaria, que las agencias telegráficas proporcionan sobre los asuntos rusos a los periódicos del mundo entero, existe en España una bibliografía nutrida de obras, firmadas por testigos oculares.

Todos estos escritos de investigación político-económico-social presentan las mismas características, en cuanto a la preparación y la predisposición de sus autores:

1.º Ninguno de éstos había visitado Rusia antes de la revolución, y por lo tanto todos carecen de cualquier base de comparación con el pasado.

2.º Ninguno habla el ruso.

3.º Todos limitaron su permanencia a unas pocas semanas y aún a pocos días.

4.º La buena fe de los investigadores es indudable.

5.º La simpatía que sienten por Rusia y los rusos puede calificarse de ardiente; y

6.º Sus comentarios son tan optimistas que los autores llegan a mostrarse más papistas que el Papa, y alaban incluso las cosas que censuran o de las cuales se lamentan los mismos bolcheviques.

A ese resultado extraño y paradójico los observadores españoles llegan naturalmente nada más que por el efecto de la predisposición espiritual con la cual abordan los problemas del caos ruso. Para explicarse cómo es posible reconciliar su buena fe con un desvío evidente del camino de las realidades, hay que darse cuenta de que pertenecen en su mayoría a los círculos radicales, es decir a los círculos que, además de interesarse por los problemas sociales, profesan opiniones bien definidas y *obligatorias* para sus adherentes. En cuanto a los *independientes*, tienen miedo tremendo de no mostrarse a la altura de las autoridades reconocidas en materias soviéticas, y que se pronunciaron en un sentido favorable a los soviets.

Además, ¿quién puede hablar seriamente de una investigación personal, cuando el investigador no habla el idioma del país, no puede leer sus diarios y no goza de la libertad indispensable para ponerse en contacto con la población? Claro que puede repetir solamente lo que insinúan los dirigentes de la U. R. S. S. A pesar de todo, estas consideraciones, que me parecen elementales, no confunden a los investigadores, los cuales emiten opiniones terminantes sobre el conjunto y los detalles de la vida rusa, como si hubiesen salido de Madrid para averiguar lo que pasa en Barcelona. Un ruso se encuentra impresionado cuando hojea aquellos relatos: son como descripciones que un ciego hace de la casa frente de la cual pasó a tientas.

Siguiendo el relato, el lector no duda que el autor realmente visitó Moscú; que habló con tal señor; que a tal pregunta recibió tal contestación, y espera que ahora va seguir la conclusión lógica, la única que puede ser deducida en aquel ambiente, en aquel conjunto de condiciones tiránicas de vida; pero, inútil, el ciego pasa al lado, dice que esa casa está hecha de ladrillos, que tiene cuatro aberturas, pero no sabe nada del color, ni de la solidez de la fachada y hasta ignora cuántos pisos cuenta el edificio. . . .

Estos autores ciegos pueden ser repartidos en tres categorías principales:

- 1.º Los que en materia política no dudan de nada.
- 2.º Los que dudan de algo; y
- 3.º Los dilettantes ingenuos.

A la cabeza de la primera categoría se encuentra Alvarez del Vayo, con sus tres volúmenes sobre la Rusia soviética, en los cuales está expuesta su fe inquebrantable en la virtud revolucionaria, constructora y social del bolchevismo. Así predispuesto, encuentra explicación para todo; cuando ve centenares y millares de hombres que mueren de hambre en medio del granero de Europa, dice: ¡sequía! Cuando se entera de que los empleados de la Cheka se reclutan entre los reos y delincuentes, dice: ¡Mejor así; mientras más asesinos, más en su papel! Cuando presencia cuadros de pobreza y de desolación, dice: ¡Experimento! Y eso con una desenvoltura absoluta, como si se tratase de conejos y no de seres humanos. Desconoce el pasado de Rusia y lo desprecia en globo, sin entrar en detalle alguno. Para Alvarez del Vayo, Rusia empieza a existir desde que estalló la revolución bolchevista. Esto se manifiesta hasta en el título de su último libro, «Rusia a los doce años»; título que por sí mismo constituye una afirmación de la ignorancia del problema ruso, ya que tratar a la Rusia actual como a una niña precoz de doce años, es ignorar en absoluto que el país vive, material y espiritualmente, a costa de las reservas acumuladas por el pasado régimen.

Los informadores de las tendencias análogas, es decir los que en materia soviética no dudan de nada, existen en toda la prensa radical y aún liberal de España y con un optimismo y unanimidad ejemplares cantan la gloria de los Soviets. Tranquilícese el lector: si tal cosa no es todavía perfecta, lo será cuanto antes. A veces, tratándose de un problema quimérico y absurdo—de la comunización del campo, por ejemplo—, aparece, como en el citado libro de Alvarez del Vayo, cierta perplejidad. Así hablando de la lucha contra el *kulak*, dice que sería preciso ha-

cerse una idea clara y terminante de la personalidad e importancia del enemigo, pero confiesa que:

Quizá nuestro conocimiento tan superficial e imperfecto del problema es culpable de que no hayamos logrado formárnosla (la idea) hasta ahora. Pero cuando uno acude a las fuentes más autorizadas se encuentra con la misma disparidad desconcertante en las apreciaciones y los juicios.

Un lector ruso, para quien aquella *disparidad desconcertante* no es un enigma ni lo fué desde los primeros días de la revolución bolchevista, espera que el autor sacará en seguida una conclusión lógica; que mirando con atención lo que pasa alrededor se convencerá de que la misma *disparidad desconcertante* preside la solución de cualquier problema en la Rusia soviética; que el país vive solamente porque ciento cincuenta millones de seres humanos manifiestan su voluntad de vivir, pese a los bolcheviques que lo impiden. . . . Pero de pronto queda el lector desilusionado: el ciego pasa al lado del edificio sin verlo, y continúa hablando con toda seriedad de la nueva organización del campo y de los 150,000 tractores que la Rusia soviética *poseerá* en 1935, contra los 25,000 tractores que posea actualmente.

La realidad se les escapa a aquellos autores entre los dedos, a pesar de que es clarísima: *en el campo ruso—con o sin tractores—se necesitan brazos. Estos brazos no pueden ser otros que los de los campesinos rusos. Según lo confirman los mismos bolcheviques, aquellos campesinos, incultos y analfabetos, no quieren ser comunistas; quieren ser burgueses y disfrutar de las tierras y de la libertad, que les dió la revolución y que les quitaron los bolcheviques, declarando la tierra propiedad nacional e imponiéndoles el yugo de la tiranía comunista. Mientras los mujiks no cambien su modo de ser, por milagro o por evolución, lo cual necesariamente equivaldría al cambio completo de la naturaleza humana, los camaradas Stalin y Trotzky discutirán fuera de la cuestión, y es eso lo que no entienden los autores que en materia soviética no dudan de nada.*

Tal vez estas consideraciones escapan a los comentaristas españoles porque exigen una aguda sensación de la vida rusa, que no es razonable esperar en un forastero, ignorante de la idiosincrasia y del idioma rusos, pero entonces queda a su disposición un razonamiento de sencillez infantil, que es este: Antes de la revolución, *y sin un solo tractor*, Rusia exportaba más de diez millones de toneladas de grano; ahora. . . todos saben cuál es la situación actual, desde que los 25,000 tractores substituyen en el campo ruso los brazos, que no quieren trabajar para la mayor gloria de la Tercera Internacional.

* * *

Como autor típico de la segunda categoría, es decir, de la categoría de los que en materia soviética dudan de algo, se puede citar a Manuel Chaves Nogales, que editó un volumen intitulado *Un pequeño burgués en la Rusia Roja*. Ya el título insinúa que el autor no pertenece a los admiradores del bolchevismo; y realmente se vanagloria de rechazar las estadísticas bolchevistas...; pero cuando ve una estrella roja sobre un establecimiento industrial, no duda de que lo edificaron los bolcheviques, y cuando viaja en los viejos automóviles, que aseguran el servicio del Camino Militar del Cáucaso, tampoco duda de que fueron los bolcheviques los que instalaron en aquellos parajes este medio moderno de locomoción; no se le ocurre que son nada más que los restos de la herencia del régimen capitalista.

A pesar de un sinnúmero de ingenuidades por el estilo, el libro de Manuel Chaves Nogales es curioso y vale la pena de ser leído sobre todo por un detalle interesantísimo. Chaves encontró en Moscú a un compatriota suyo, a un cierto Casanellas, que asesinó en 1921 a Dato y tuvo que huir de la horca y refugiarse en Rusia. Las páginas en que Chaves cuenta la ignorancia, la falta de educación de aquel oscuro obrero español, que ni siquiera sabe hablar castellano, por haber nacido en Barcelona, y al cual una mano oculta armó contra Dato, asegurándolo que había que hacer *aquello* para cambiar la faz del mundo; su tristeza al ver que no ha cambiado nada; el *imbroglio* inextricable que se formó en su cabeza desde que los bolcheviques lo instruyeron, haciéndolo cursar en la Universidad Swerdlov, y eso sin preparación previa alguna, presentan un interés excepcional.

Lo incomprensible en el libro de Chaves es la falta de deducción lógica, que un hombre de su inteligencia y de sus horizontes intelectuales debería sacar necesariamente, y que es la siguiente: toda la administración bolchevista, desde su cimas hasta el último presidente de un soviet local, está llena de Casanellas rusos; es decir, está llena de hombres incultos, primitivos, en cuyas cabezas la enseñanza bolchevista formó un laberinto inextricable de ideas vagas y confusas, cuya aplicación en la práctica les resulta tanto más difícil, cuanto que entre los mismos leaders reina una *disparidad desconcertante*.

* * *

La tercera categoría de autores, la de los diletantes ingenuos, está representada dignamente por Diego Hidalgo, que editó un volumen bajo el título *Un notario español en Rusia*. Vale la pena de citar textualmente cómo este *investigador de la legislación soviética* pidió el café con leche en la mañana del primer día de su permanencia en Moscú:

...procedimos a pedir el desayuno. A la primera llamada del timbre acude un apuesto camarero, de cabeza afeitada, que, sonriente, masculla unas palabras incomprensibles. No habla ni francés ni alemán. Sólo habla el ruso, y tenemos que contentarnos con expresar por señas nuestros deseos, y yo, la verdad, no he sido capaz, no lo seré nunca, de pedir en esa forma café con leche.

Y claro está, traje té; un té, una jarrita con leche y unos panecillos con manteca.

Y luego, después de haber descrito en tono patético sus sufrimientos por no haber podido conseguir el café apetecido, exclama:

A la calle, a la calle, en seguida, que está un día espléndido y hay que empezar a ver, a inquirir, a observar.

Ahora bien; el solo hecho de que las dos citas de arriba sigan una a otra en la misma página dispensa en absoluto de comentar los estupendos descubrimientos que ese señor hizo en Moscú. Entre otros, uno graciosísimo: descubrió que el pueblo ruso adora a la Virgen de España. Es que vió la capilla de la Virgen de Iberia, e ignorando que Iberia se llama también un país ortodoxo al Sur del Cáucaso, concluyó que una de las reliquias más caras a los ortodoxos rusos es la Virgen de España, y lo puso así, sin vacilar, con todas sus letras, en el libro...

La abundancia de las anécdotas que llueven en los escritos dedicados a Rusia por los exploradores españoles, tiene su explicación no sólo en la falta de preparación y en la ignorancia de los autores, sino en un estado psíquico, que yo llamaría auto-sugestión, y que paraliza en absoluto la *imaginación* y el *buen sentido* de los autores. Claro, hay que ser indulgente: para conservar frente al cuadro de la revolución rusa el equilibrio espiritual y la claridad de juicio hay que poseer una fuerza de ánimo descomunal. ¿Cómo lograrlo cuando los periodistas españoles dividen la predisposición de ánimo de sus lectores en tendencias radicales y liberales, y por razones de la política interior española *quieren* que todo camine bien en la Rusia de los Soviets? Es que comentar favorablemente los asuntos rusos es una forma de protesta contra la

dictadura de Primo de Rivera. La censura española prohíbe la crítica de los poderes públicos, pero permite cualquier divagación sobre los temas de las teorías políticas. Aprovechando aquel escape, dejado probablemente con intención, el público acoge con cierto agrado y alivio los comentarios favorables a los Soviets, y eso a pesar de que el bolchevismo está juzgado y condenado por la masa intelectual española.

Así se explica la preocupación con que los autores españoles cuidan de la buena reputación de los soviets: uno asegura—sin necesidad aparente alguna—que las concesiones, abandonadas por los beneficiarios extranjeros, proporcionan a los bolcheviques buenos dividendos; es decir, que el régimen bolchevista está más capacitado que los capitalistas para hacer fructificar las empresas industriales. Otro vaga por Moscú buscando a los niños abandonados (ocho años después de que lo fueron) y tranquiliza a sus lectores diciendo que no encontró alguno. Sin embargo, mientras escribía su libro, los sobrevivientes de aquellos desgraciados aparecieron nuevamente, ya que la agencia telegráfica bolchevista comunicó al mundo que los soviets van a armar diez buques para servir de escuelas de grumetes a los niños abandonados. En fin, un tercero estima que en Rusia hay un millón de hombres—comunistas— ¡y que el resto es *ganado!*

Como personalmente pertenezco a aquella categoría respetable—respetable como número—, me consuelo pensando que entre aquellos millones de ganado están incluidos todos los intelectuales rusos y, aparte de Gorki y unos diez autores de menor fama, toda la literatura contemporánea rusa. Están también incluidos los revolucionarios, radicales y liberales de cualquier matiz, filiación o partido. Los autores españoles no deben despreciar esa masa anónima de ganado por una consideración de índole práctica: si mañana el bolchevismo se apodera de España, la mejor suerte que espera a los panegiristas de los soviets rusos sería la de ser incluidos en el ganado. Cualquier otra alternativa sería peor. . . .

Otro aspecto de la información española es confundir la U. R. S. S. con Rusia y el bolchevismo con la revolución rusa. Los bolcheviques impresionan tanto a los periodistas, que aún los puntapiés que Stalin distribuye, sin inconveniente alguno, a los famosos caudillos de la revolución de Octubre no logran disminuir el respeto que la prensa española siente por «aquellas personalidades fuertes». Nadie entiende tampoco que más de un millón de comunistas adultos y tantos millones de la juventud comunista no quieren decir, desde el punto de vista

ideológico, absolutamente nada. Parecen no entender que ser comunista en la U. R. S. S. quiere decir tener asegurado, además de un empleo, su pan de cada día; es una garantía contra todas las dificultades de la vida, que en el país de los soviets surgen a cada momento: las de la habitación, la calefacción, la luz y la vestimenta.

Si la mano de la Providencia hubiera podido eliminar del partido fascista italiano a todos los *oportunistas*, ¿cuántos partidarios *puros* hubiera conservado Mussolini? Tomando en cuenta que el ser fascista presenta solamente ciertas ventajas y comodidades de la vida, ¿cómo poder avaluar el valor ideológico intrínseco del partido comunista ruso, cuando ser comunista resuelve problemas insolubles para la demás población? Aún Trotzky, que entre paréntesis no logró desilusionar a sus admiradores españoles, vertiendo sobre ellos el agua colorada de su última compilación, *La revolución desfigurada*, hasta Trotzky, digo, entró en el partido bolchevista después que estalló la revolución, y cuando ya se dibujaba el éxito del lema, que servía de caballo de batalla a Lenin: *¡Robad lo que fué robado!*

* * *

Ultimamente Jacinto Benavente visitó Moscú y Leningrado, formando parte de una caravana de turistas, y se apresuró a comunicar a los periodistas, a su regreso a España, que dichas poblaciones atraviesan un período de completa *normalidad*. El insigne comediógrafo lo comprobó en seis días de su permanencia en Rusia, viviendo en Leningrado a bordo del buque que llevó hasta allí la caravana, y en Moscú, en un palacio en que lo alojaron muy amablemente los bolcheviques.

En Leningrado, dice, la gente nos miraba con curiosidad y hostilmente, porque nos tomó por millonarios yankis, según le explicaron. La verdad es que la gente mira con hostilidad a todos los turistas que llegan a Rusia para distraer su ociosidad o para observar el famoso experimento. Es un sentimiento tan natural, que bajo un régimen algo más blando que el bolchevista, los rusos serían capaces de recibir a los turistas a pedradas. La desesperación de las poblaciones que sufren el experimento es tanto más justificada, cuanto que los diarios bolchevistas se apoderan en seguida de cada palabra de alabanza que escape a un viajero ilustre; así los rusos aprendieron que, según don Jacinto, su aspecto triste es natural, porque nunca habían sido alegres. . . .

En cuanto a la *normalidad* de la vida en Leningrado y Moscú, es tan cierta la impresión de Benavente, que en París hay almacenes que se han especializado en el envío de víveres a Rusia. El que lo dude no tiene más que abrir cualquiera de los diarios rusos que se editan en la capital francesa para leer avisos de Félix Potin y otros, que ocupan páginas enteras. Hay que suponer que el giro de ese negocio es bastante importante.

* * *

Lo más incomprensible en el optimismo con que juzgan el bolchevismo los informadores españoles, es la ausencia de una consideración general y fundamental, que debería ser la base de todo estudio del comunismo ruso. No hay duda de que la estructura social del mundo es deficiente, y que la conciencia de un *socialista*, tomando esa palabra en su sentido apolítico e idealista, no puede conformarse con el estado actual de cosas; nadie duda tampoco de que la revolución rusa fué en este sentido la mano de fuego, que trazó palabras de prevención a los que saben sacar enseñanza de los castigos que reciben los vecinos; y en varios sentidos el mundo aprovechó el ejemplo ruso.... Pero, antes de dejarse entusiasmar por los bolcheviques, hay que entender lo que es el comunismo en su esencia. El primer comunista en este mundo fué Jesucristo: amar a sus prójimos más que a sí mismo, y amarlos *activamente*, quiere decir vivir y trabajar para los otros. ¿No es éste el fin del comunismo contemporáneo? Claro que sí.

Ahora bien, ¿cómo explicarse que gente culta, ilustrada y que ostenta sus sentimientos humanitarios, no entienda que es un desafío a la razón, un contrasentido, un absurdo, creer que un fin, que supone una evolución continua de la naturaleza humana hacia la altura espiritual de la abnegación sublime, puede ser alcanzado derramando torrentes de sangre, privando a los hombres de toda libertad, profesando el odio y la lucha de las clases? El fascismo que derrama aceite de castor, apenas aliñado de algunas gotas de sangre, no parece vital, precisamente porque es un régimen que se apoya en la fuerza bruta; alguien ha dicho con razón que sobre las bayonetas uno puede apoyarse, pero no puede quedarse sentado.

La violencia destruye la civilización y la cultura; la sangre llama a la sangre. ¿Quién puede dudar de que la perfección humanitaria se alcanzará únicamente por medio del progreso cultural—espiritual y material—, el cual no puede ser alcan-

zado sino en una atmósfera de paz social? La guerra, sea de naciones, sea de clases, no puede hacer más que lo que hizo en Rusia: destruir una cultura. Es un criterio sencillo y trivial, y hay que extrañarse de que los descubridores españoles de la Rusia actual carezcan de imaginación y de buen sentido para alcanzarlo.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.